

rizadas con la bibliografía antropológica. Pensamos que mucho de esto se hubiera obviado usando siglas para las publicaciones seriadas.

Habría que advertir al lector que, en términos generales, esta investigación nos lleva hasta la fecha de 1959 y que, conforme van aumentando las labores de excavación y publicación, la bibliografía va creciendo. Lo mismo es válido para obras acerca de nuevas técnicas de investigación e interpretación, algunos de las cuales se refieren además a problemas específicamente mesoamericanos. Por tanto, hacemos votos para que el autor continúe su valiosísima labor.

*Bárbara DAHLGREN DE JORDÁN*

Arturo LANGLE, *Vocabulario, apodos, seudónimos, sobrenombres y hemerografía de la Revolución*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma, 1966. 151 pp. (Serie de historia moderna y contemporánea, 6).

El libro está dividido en tres partes. La primera corresponde al vocabulario (pp. 21-76); la segunda a apodos, seudónimos y sobrenombres (pp. 77-130); y la tercera a la hemerografía (pp. 131-148). Incluye, además, un prólogo en dos páginas, una síntesis histórica de la Revolución (pp. 7-19) y una bibliografía (pp. 149-151).

Lo que mueve al autor del trabajo es mostrar "la actuación del *pueblo* [...] la forma de ser del revolucionario [...] su lenguaje tan peculiar" (p. 5). Naturalmente, el vocabulario de una época o de una sociedad puede servir para caracterizarlas. El problema consiste en determinar científicamente si determinadas palabras pertenecieron en realidad a determinada sociedad en un tiempo determinado.

La presentación de un vocabulario en orden alfabético, dadas las pretensiones del autor, ayuda muy poco en la caracterización del revolucionario. Mucho más útil hubiera sido, en cambio, la presentación del léxico ordenada de acuerdo con zonas de significación y su correspondiente proyección onomasiológica. De esta manera se verían, a través de las zonas donde se produzca mayor creación léxica, los intereses que movían al revolucionario.

El orden alfabético, en cualquier caso, sigue determinadas normas. Así, por ejemplo, lo adecuado es remitir los sustantivos y adjetivos plurales o femeninos a su forma singular mas-

culina para encabezar el artículo. Los verbos conjugados aparecen siempre bajo el infinitivo. Resulta incongruente encabezar artículos con palabras como *abravados*, *chivatos*, *afusilenlo*, *caiban*, *tatemaba*, etc. Por otra parte, es imposible hacer un vocabulario estructurado si se incluye en él una diversidad tan grande de formas léxicas como *El Abandonado*, canción; *afíjate* “vulgarismo por fíjate”, *aystá* “vulgarismo por ahí está”, *Banda del Automóvil Gris* “grupo de maleantes...”, *Crom* “Partido político”, *Guerra de guerrillas*; *Guacal* “Caja a modo de jaula [...]. Tómase vulgarmente por perder los estribos. “*Te me estás saliendo del guacal*” (*guacal*, como se ve, no ha cambiado su significado; *salirse del guacal* es lo que equivaldría a ‘perder los estribos’); u *Opio del pueblo* “Así designaron algunos periódicos liberales a la religión católica, por considerar que detenía el progreso nacional”. Mejor hubiera sido renunciar a un cierto número de palabras y conservar solamente un vocabulario congruente.

Sin embargo, el problema central es otro. Consiste en que resulta muy improbable que una buena parte del vocabulario que cita Langle pertenezca a la Revolución. Si el autor sabía esta dificultad —“Muchas de esas palabras no nacieron en esa época, pero sí se actualizaron, o bien permanecieron en uso”, ante lo cual no hay escape— debió, por lo menos, haber citado el lugar de procedencia de cada uno de los ejemplos, para que el lector formara su opinión. De otra manera hay que basarse únicamente en la intuición o en la buena intención del autor.

Quizás algunos ejemplos ilustren el hecho. Los vulgarismos *aiga*, *aigre*, *asina* o *ansina*, *caiban*, *jerrar*, *juerza*, *juir*, *naiden*, etc., etc., son generales del español. Resulta curioso que, a pesar de citar al diccionario académico en el caso de *ansina* “Usado por *así* entre gente rústica y vulgar”, insista Langle en incluirlo en su vocabulario. La única justificación que encuentra para incluir *cacique* —palabra caribe que asimilaron los conquistadores en época temprana— es que “los jefes revolucionarios, para enardecer a sus tropas, les decían «vamos a terminar con el caciquismo»”. Incluye *carajo* a pesar de que él mismo cita a Santamaría, para quien es una interjección “tan indohispana como española”. Para *leva*, dice: “Palabra no nacida en la Revolución, pero sí muy utilizada y odiada por los afectados”, como muchas otras, sin duda. *Petate*, nahuatlismo, fue usada por los conquistadores por lo menos desde 1531. Al autor le parece que *taco*, ‘tortilla enrollada’, como es palabra usual en el pueblo, también caracteriza a los revolucionarios: “Por supuesto que no nació en la Revolución, pero es muy común en

el pueblo. Nos *lechamos* [sic] un *taco*". Algo difícil resulta igualmente la justificación de *talegón*: "*Hay* [sic] *cuate eres muy talegón para la caminada*". Incluye *Yaqui* diciendo: "Pueblo indígena del Estado de Sonora; tuvo una actuación brillante en la Revolución". Dudo que caracterice al léxico revolucionario la palabra *escuintlillo* —*escuinclillo* es la pronunciación popular— que parece muy anterior. En cualquier forma, en la mayoría de los casos resulta muy difícil de justificar que una palabra haya sido popularizada por la Revolución, y el autor no parece intentarlo, al menos homogéneamente. Si admite en el vocabulario la palabra *Caudillo* "Palabra muy antigua, pero que tomó fuerza en la etapa revolucionaria de este siglo, actualizándose. *El caudillo del Sur*", debería incluir también *Centauro*: *El centauro del Norte*.

En el resto del libro hay menos problemas metodológicos que en el vocabulario. La parte de apodos, seudónimos y sobrenombres resulta útil. En ella incluye bibliografías sumarias, aunque no en todos los casos, de los personajes. Cuando puede, explica la razón del sobrenombre. Alguna vez incluye nombres fuera de la época revolucionaria, como "*Presidente Caballero*, El. v. Ávila Camacho, Manuel. Después de su muerte [1955] así han dado en llamarlo [...]". Tampoco es fácil de explicar la inclusión del artículo "*Trotsky, León*", del cual —aparte de su biografía— sólo dice que se vio "obligado a refugiarse en Turquía, Francia y México, donde fue asesinado en 1940". La hemerografía, por su parte, parece sustanciosa.

En resumen, la afición del señor Langle lo ha llevado a hacer una recopilación muy diversificada de algunos aspectos léxicos —donde la falta de rigor científico está compensada con abundancia de imaginación—, onomásticos y hemerográficos de la Revolución Mexicana.

Raúl ÁVILA

*El Colegio de México*

J. H. ELLIOT, *La España imperial. 1469-1716*. (Traducción de J. Martany, de *Imperial Spain*, editado en 1963). Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1966. 454 pp.

Hacia 1670 se preguntaba entre amargado y sardónico, un anónimo autor español lo siguiente: *¿en qué se parece España*